¡Patria y Libertad!

24

DICCIONARIO

DE

MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA!

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 50 —Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 148 á 150)

FIN DE LA OBRA

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

¡PATRIA Y LIBERTAD!

¡PATRIA Y LIBERTAD!

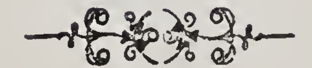
EPISODIO NACIONAL

EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS
ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MARCOS ZAPATA

Representado por primera vez en el Teatro de Variedades la noche del 4 de Diciembre de 1886



MADRID

R. Velasco, imp., Rubio 20

1836

Al insigne pintor D. Plácido Francés

En reciprocidad de un magnífico retrato, le dedica este modesto trabajo literario, su amigo y admirador

Marcos Zapata

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA, esposa de D. Luis Daoiz....	SRA. LOZANO.
DON LUIS DAOIZ, capitán de Artillería..........................	SR. VALLÉS.
DON FERNANDO, abuelo de Elena..	PRADO.
DON ANSELMO....................	POVEDANO.
ANDRÉS, asistente de Daoiz........	LUJÁN.
UN GENERAL DEL IMPERIO.....	RUESGA.
UN EDECÁN DE MURAT..........	OGLADI.
UN OFICIAL, también al servicio de Francia........	MUÑÓZ.

Algunos patriotas españoles y soldados franceses

La acción en Madrid, 2 de Mayo de 1808

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Gabinete modesto. Dos puertas á la izquierda; otra á la derecha, y en segundo término una ventana.—Al levantarse el telón suena dentro una estrepitosa gritería, acompañada de silbidos. Don Fernando se encuentra asomado á la ventana y Elena aparece por la puerta izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON FERNANDO y ELENA

D. FER. ¡Valiente silba, hija mía!
ELENA ¡Buena! ¿Y á quién se la dan?
D. FER. ¡Pues al gran duque de Berg!
ELENA ¿Nada menos... que á Murat?
D. FER. ¿Quieres convencerte? ¡Mira! (Señalando á la calle.)
Allí con su escolta va;
todavía no ha pasado
la puerta de Fuencarral.
(Elena se asoma. Estalla una nueva gritería.)
¿Oyes, oyes?... ¡Otro arrullo
de estimación popular!
ELENA ¡Debe sufrir en extremo (Separándose de la ventana.)
su arrogante vanidad!
D. FER. ¡Como que le silban la obra (Separándose también.
que ha comenzado á ensayar!
ELENA Pero, abuelito del alma,
¿y si se le juzga mal?
D. FER. ¡El instinto de los pueblos
no se equivoca jamás!
ELENA ¿No inspira ya confianza
la Junta?

D. FER. ¿Qué ha de inspirar?
¡El Consejo de Regencia
lo preside el mariscal!
ELENA ¿Qué culpa, si así lo tiene
mandado su majestad?
D. FER. A ese mandato le falta
un requisito esencial:
que esté el rey, nuestro señor,
en completa libertad;
pues mientras se halle cautivo
de la traición imperial,
órdenes de tal linaje
no se deben acatar.
ELENA ¿Luego es mentira esa alianza?
¿Luego es falsa la amistad
de Napoleón?
D. FER. ¡Sí, hija mía!
Quien no lo ve ciego está.
Con ridículos pretextos (Transición.)
de invadir el Portugal,
haciendo cómplice suyo
al príncipe de la Paz,
(favorito el más funesto
que hubo en España jamás),
hallar logró Bonaparte
abiertas de par en par
de esos montes Pirineos
las puertas de pedernal.
Sus ejércitos famosos,
reforzados sin cesar,
por Navarra y Cataluña
desparramándose van.
Sufren entrambas Castillas
la ocupación militar,
cercada de bayonetas
se mira la capital,
y agítase sin rebozo
nuestro amigo... el buen Murat,
para echarnos las cadenas
á la primera señal.

Si ha sido Godoy un necio,
si es la Regencia incapaz,
si las águilas francesas
han soñado en conquistar
la península española
de un modo tan criminal,
contra todos ellos juntos,
ineptitud ó maldad,
el genio del patriotismo,
la irritación nacional,
han de estallar presurosos
como revienta un volcán!

ELENA ¡Eso mismo dice Luis!
D. FER. ¿Quién, tu marido? (Con alguna extrañeza.)
ELENA Cabal.
D. FER. ¿Y desde cuándo, hija mía, (Con sonrisa incrédula.)
si se puede preguntar?
ELENA Desde que usted, abuelito,
se obstina con tanto afán
en sembrar desconfianzas (Con dulce reconvención.)
que es peligroso sembrar!
D. FER. ¿Por qué?
ELENA ¡Porque Luis se debe
á la Ordenanza!
D. FER. ¿Sí?... ¡Bah! (Sonriendo con desdén.)
ELENA ¡Al honor y disciplina,
como todo militar! (Recalcando el concepto.)
D. FER. ¡Pues Luis y todo soldado,
de ranchero á general,
deben morir por la patria
cuando se la quiere hollar!
ELENA ¡Qué setenta años!...
D. FER. ¿Acaso
la vergüenza tiene edad?
A vista del extranjero (Creciente entusiasmo.)
me parece remozar,
y siento correr mi sangre
como inflamado alquitrán.
Todavía el setentón
puede un fusil manejar

en defensa de la azada
que abriendo su huesa está!

ELENA Aquí llega Don Anselmo. (Mirando puerta derecha.)

D. FER. ¡Buena firma!... Ni Murat.
¡Este es un afrancesado
á quien se debía ahorcar! (Por D. Anselmo.)

(Hace mutis Elena por la izquierda y sale D. Anselmo por la derecha.)

ESCENA II

D. FERNANDO y D. ANSELMO

D. ANS. Fernando, muy buenos días.

D. FER. ¡Hola, Anselmo!... muy felices.
(Con entonación cómica.)
Vamos, ¿qué cuentas, qué dices?

D. ANS. Nada. Cuatro tonterías.

D. FER. ¿Cuatro no más desde ayer?.. (Con asombro.)
¡Vienes en extremo avaro!

D. ANS. ¡Para tí soy tonto, claro;
no me puedes convencer!

D. FER. Ni trato de ello tampoco.
¡Posees una mollera
durísima!

D. ANS. ¡Considera
que tú la tienes... de loco!

D. FER. ¡Sí, pero, muy española!
¡Y tan digna y consecuente,
que en los surcos de su frente
germina una idea sola!

D. ANS. ¿La idea de sublevar
á Madrid contra su aliado?...
Eres un hombre de Estado,
no se te puede negar.

D. FER. Mejor que tú.

D. ANS. Por supuesto. (Con afectada modestia

D. FER. ¡Sin disputa!

D. ANS. ¡Ya lo sé!

D. FER. ¿Qué hombre, el más simple, no vé

lo que es ya tan manifiesto?
¡Mientras le quede á un Borbón
un solo palmo de tierra,
le tiene jurada guerra
el odio de Napoleón! (Transición.)
Los cetros más soberanos
los regala á sus parciales,
son duques sus generales
y son reyes sus hermanos.
Austria y Prusia ante él abiertas
le hacen corte de su corte,
y hasta el coloso del Norte
le oye llamar á sus puertas!...
¡Y si la raza del Cid
no se despierta volando,
el solio de San Fernando
verá rodar en Madrid!

D. Ans. ¿Luego se debe á la Francia
declarar la guerra?... (Con aparente convicción.)

D. Fer. ¡A muerte!
¡Vencer... ó imitar la suerte
de Sagunto y de Numancia!

D. Ans. ¿Tan inicuo proceder (Como reflexionando.)
mientras se hallan en Bayona
nuestros príncipes? Perdona,
mas no lo puedo creer.
¿No es árbitro Bonaparte
en ese pleito fatal
de la familia real?...

D. Fer. ¡Pedir justicias á Marte!...
¡El que lo intente es un bobo!
¿Desde cuándo las ovejas
con sus rencillas y quejas
van al tribunal del lobo?
Dejando su monarquía
y acudiendo á tierra extraña,
ha hecho la corte de España
una insigne tontería.
Pues no hay mayor necedad
que ir hacia el gato el ratón,

ó entregarse á Napoleón, (Con furia.)
que es todo voracidad!

D. Ans. Calma, amigo mío, calma.
Te arrebatas enseguida.

D. Fer. Pero, Anselmo de mi vida,
¿de qué tienes hecha el alma?

D. Ans. ¡De prudencia!

D. Fer. ¡Nó! De hielo.
¿No eres testigo? ¿No ves
la conducta del frances
desde que pisa este suelo?
Con refinado cinismo
y públicas insolencias,
¿no te hiere en tus creencias?
¡No insulta tu patriotismo?
¿Qué es lo que aguardas? ¿Qué quieres
para estallar indignado?
¿Que hayan á tu hija ultrajado
como á infinitas mujeres?...

D. Ans. Convengo en que existe el mal;
pero, se exagera mucho.
(Una voz dentro.)

Voz. Aquí está. ¡Muera!

D. Fer. ¿Qué escucho?
(Asomándose con rapidez á la ventana.)
De tu casa en el portal
se arremolina la gente. (A D. Anselmo.)
(Sale Daoiz por la derecha, visiblemente agitado y con la espada desnuda.)

D. Ans. ¿Luis empuñando la espada?...

D. Fer. Daoiz ¿qué es esto?

Daoiz. Casi nada.
(A D. Fernando, con sonrisa amarga.)
¡Id á que Laura os lo cuente!
(A D. Anselmo, envainando el acero.)

D. Ans. ¡Mi hija! (Con asombro.)

Daoiz. ¡El insulto más negro
se ha inferido á su pudor!

D. Fer. ¿Algún frances?

DAOIZ. ¡Sí, señor!

D. FER. ¡Toma gabachos! Me alegro. (A D. Anselmo.)

D. ANS. ¡Dios de Dios!

(Yéndose precipitadamente por la derecha, lleno de rabia y confusión.)

D. FER. ¡Puedes volar
á prevenir el castigo!...

(Desde la puerta, dirigiéndose á D. Anselmo, en alta voz.)

¡Aunque estas cosas, amigo,
se suelen exagerar!

ESCENA III

DAOIZ y D. FERNANDO

D. FER. ¿Y qué ha sido de ese fiel (Con tono irónico.)
aliado?

DAOIZ. ¡Con los difuntos! (Con naturalidad.)

D. FER. Todos los franceses juntos
debieran estar con él!
¡Lo que pasa aquí no pasa
ni en el país más salvaje!...
¿Y fué público el ultraje?

DAOIZ Dentro de su misma casa.
¡Un oficial de dragones,
ébrio quizás, se ha lanzado
tras de Laura!...

D. FER. ¿Habrá bajado? .. (Interrumpiendo á Daoiz y expresando con las manos la acción de rodar.)

DAOIZ ¡Rodando los escalones!

D. FER. ¡Soberbio! (Transición y pausa breve.)
¡Comprometida (Como reflexionando)
situación! ¡Grave, muy grave!

DAOIZ ¿Por qué?

D. FER. ¡Si Murat lo sabe
te arcabucea enseguida?

DAOIZ No tan fácil. (Con sonrisa y misterio.)

D. FER. ¡Ten en cuenta
que hoy de Madrid es el dueño!

DAOIZ ¿Y si se alza el madrileño?
(Con acento entusiasta y profunda convicción.)
¿Y si estalla la tormenta?
D. FER. ¿Qué dices?
DAOIZ ¡Desde ayer tarde
todo prevenido está!
D. FER. ¡Mas bajo! ..
DAOIZ ¡Se cuenta ya
con el capitán Velarde!
¡Y él y yo, con noble aliento,
vámos el dique á romper!
¡Y él y yo vamos á ser
caudillos del alzamiento!
Antes de rayar el día,
(Con misterio y creciente entusiasmo.)
y desde esta madrugada,
el pueblo tiene ocupada
la plaza de la Armería.
¡Ver quiere la nueva injuria,
si osan llevarla adelante,
del secuestro del Infante
y de la reina de Etruria;
ver cómo viola y allana
Murat la regia mansión,
para darle una lección
de fiereza castellana!
D. FER. ¿Contra Napoleón la guerra?
¿Contra un rey tan poderoso?
DAOIZ No será el primer coloso
que se ha hundido en esta tierra.
¡Luchando en plazas y calles
quedará hoy Francia vencida!..
Ya que por lo visto olvida
la historia de Roncesvalles.
D. FER. ¡Mucho te quiero, hijo mio,
pues que el esposo al fin eres
de mi Elena!.. Más no esperes
que yo tuerza tu albedrío.
¡Hay una madre amorosa (Con nobleza y solemnidad.)
que tiene por nombre España,

madre que nos acompaña
desde la cuna á la fosa!
¡Ella la vida nos dá
y nos sirve de sostén!..
¡Cuando perezcas, también
tus huesos recogerá!
¿Y ha de atarla un extranjero
con miserable cadena?..
¡Entre tu patria y tu Elena (Con resolución y brio.)
es tu patria lo primero!

DAOIZ ¿Quién lo duda?

(Elena sale á este tiempo por la izquierda y exclama con decisión y rapid z.)

ELENA ¡Yó!

(Desde la entrada, donde permanecerá un momento.)

D. FER. ¡Ese yó, (A Elena, con autorídad.)
es indigno de tu boca!

(Elena se aproxima á la batería y queda silenciosa.)

(No hagas caso de esta loca— (A Daoiz)
No te muestres débil.)

DAOIZ (¡Nó!) (A D. Fernando)

(Don Fernando hace mútis por la izquierda, Daoiz se aparta un instante al foro y Elena pasa á la derecha presa de mayor disgusto.—Pausa conveniente.)

ESCENA IV

DAOIZ y ELENA

DAOIZ (¿Deberé recurrir al fingimiento,
ó conviene que la hable con franqueza?)

ELENA ¡No trates de ocultar tu pensamiento!

(Como adivinando)

¡No pongas en tortura tu cabeza,

(Con tono cariñoso y suplicante.)

y escucha en dulce calma
la voz de una mujer que te dió el alma!

(Le abraza.)

DAOIZ ¡Elena!... (Con súplica.)

ELENA ¡Luis, parece
que ese vértigo insano,
que esa extraña manía que oscurece
los ojos de un anciano,
también á tí te ciega,
y hasta la luz de la razón te niega!

DAOIZ ¿Qué es la razón cuando la patria gime?
¡Un arranque bravío, (Con entusiasmo)
un hierro que se esgrime,
himnos de gloria ó cantos funerales,
libertar la nación de tantos males
y arrojar de su seno á quien la oprime!

ELENA ¡Pues yo también ansío
defender mis derechos conyugales,
disputar á la patria lo que es mío,
y á favor de estos lazos,

(Echándole los brazos al cuello.)

retener á un esposo entre mis brazos!

DAOIZ Tan hermosa cadena, (Con cariño.)
vínculos que hace el corazón tan bellos,
¿quién habla de romper, querida Elena,
ni quién pretende libertarse de ellos?

ELENA. Pues si tanto me quieres,
¿por qué no reflexionas con más juicio?
¿Por qué sin vacilar no me prefieres
á esa idea que envuelve un sacrificio?

DAOIZ. ¿Y el honor militar?

ELENA. No se me alcanza,
ni puedo adivinar tu pensamiento!....
¡El honor del soldado es la Ordenanza!
Se vuelve en contra tuya el argumento.

DAOIZ. En la espada que ciño (Con solemnidad y entusiasmo.)
hay un lema grabado:
«¡Por mi patria y mi rey!» —lema sagrado
que no eclipsa la luz de tu cariño.
Y pues mi rey se encuentra prisionero
con toda su familia en tierra extraña,
y el genio audaz de Napoleón primero
pretende astuto encadenar á España,

asombrarte no debe que este acero
(Señalando la espada y golpeándola.)
se escape de la vaina en que se encierra,
y que acuda á mi mano,
y que pida la guerra,
y brille vengador contra el tirano!

ELENA. ¿Cómo sienta ese plan á la milicia? (Con ironía.)
De fijo entre tus bravos camaradas
se abre paso tu idea, se acaricia
y tienen ya dispuestas las espadas!

DAOIZ. ¡Quizás!

ELENA. ¿Sus nombres?..

DAOIZ. Zúñiga.

ELENA. Lo dudo. (Sin sequedad.)

DAOIZ. Velarde el capitán.

ELENA. ¡No lo creyera!
Lo tenia por hombre más sesudo.

DAOIZ. Tu primo Ruiz.

ELENA. ¡Valiente calavera! (Sin hacer caso.)

DAOIZ. Y mil y mil que acudirán volando
si desplegada ven una bandera.

ELENA. ¿Y por qué has de ser tú forzosamente
quien la enseña tremole?
¿No te dice el instinto claramente
(Con intencion y ternura.)
que puede herir la bala que te inmole
en mi seno también á un inocente?

DAOIZ ¡Por la Virgen María,
(Desesperado y confundido por la reflexión de Elena.)
ten piedad de tu Luis, Elena mía!
¡Asido de la mano de Velarde,
y ante una cruz, lo prometí ayer tarde!...
Oyeme, pues, y cesa en tu porfía. (Pausa.)
Ayer, al ser relevado
de mi guardia, el compañero
de tal misión encargado,
díjome con rostro airado
y con tono lastimero:
—«¡No hay honra en este cuartel

ni en España patriotismo!
¿Qué somos? ¡voto á luzbel!
Mercancía de un bajel
que va flechado al abismo.—
—«¡Es verdad!—le respondí
—Soy de tu opinión, Velarde.
—¿Y tienes ánimo?—¡Sí!
—Vuelve á las seis de la tarde.
—Seré puntual.—Y volví.
Entramos en la capilla
del Parque y con fe sencilla
así Velarde me dijo,
tras de doblar la rodilla
delante de un Crucifijo:
—¡Gracias, Daoiz; cuando has vuelto,
señal que una idea sola
hierve en tu alma! ¿Estás resuelto
como yo á morir envuelto
en la bandera española?—
—Sí, Velarde; te lo juro
por esa imágen sagrada,
y puedes estar seguro
de hallar en mi pecho un muro
al desenvainar la espada.
—Pues aquel que haga traición
y en llegando la ocasión
no cumpla su juramento,
¡Dios le dé para tormento
la eterna condenación!
Calló Velarde y callé;
luego me tendió la mano,
que ansiosamente estreché,
y á la puerta lo dejé
de aquel recinto cristiano.

(Transición.)

Y como ocurrir podría
fácilmente, que fuese hoy
de nuestra venganza el día,
considera, Elena mia,
en la obligación que estoy.

Vé que Murat en su alarde
intenta hacernos pedazos:
piensa también en Velarde,
que me tendrá por cobarde
si me adormezco en tus brazos.
Vé que la patria oprimida
está pidiendo la gnerra;
y hay que volar enseguida
á defender una tierra
á quien debemos la vida.
Muéstrate, pues, con valor,
desdeña todo cuidado,
y en el cielo de tu amor
halle su premio el soldado
cuando torne vencedor.
Que has de escuchar y has de ver
mi nombre con cien hazañas
ponderar y enaltecer,
¡siquiera en honra del ser
que palpita en tus entrañas! (Abrazándola)

ELENA Haz lo que quieras, sigue en tu delirio,
(Aparente resignación.)
ni una palabra más, ni un solo ruego.
¡Venga el doble martirio,
aunque te llamen parricida luego!

(Aparece Andrés por la derecha, vestido de artillero y con gorra de cuartel.)

ANDRÉS ¿Hay permiso?
(Desde la puerta cuadrándose y saludando militarmente.)

DAOIZ ¿Qué ocurre?

ANDRÉS ¡Friolera! (Entrando)
¡Que se va preparando bien la tarde
para enredar un tango de primera!
Manda á decir el capitán Velarde
que vaya usted corriendo, que lo espera.
(Hace mutis por la izquierda y vuelve con las pistolas cuando lo expresa la acotación.)

DAOIZ Mis pistolas, Andrés.

ELENA ¡Virgen sagrada,
(Elena se dirige precipitadamente á la puerta derecha se coloca en ella para oponerse á la marcha de Daoiz.)

No has de salir de aquí, sino dejando
á una esposa infeliz pisoteada!

DAOIZ ¡Elena!... (Con disgusto y enojo.)

ELENA ¡Atrás! (Con fuerza y resolución.)

D. FERN. ¿Qué es esto?

(Apareciendo por la derecha y con tono de censura y contrariedad.)

ELENA ¡Sal matando!

(Con vehemente desesperación.)

¡Arráncame la vida con tu acero!

ANDRÉS Las pistolas, señor.

(Desde la puerta izquierda presentando las pistolas. Don Fernando las toma rápidamente de las manos de Andrés y se las entrega á Daoiz, diciéndole al mismo tiempo con resolución y energia.)

D. FERN. Toma, y volando
á cumplir tu deber, que es lo primero.

ELENA ¡Maldición! (Cae abrazada á las rodillas de Daoïz.)

DAOIZ ¡Por piedad, Elena mía!

(Con dolorosa súplica.)

(Pausa breve.—Andrés se coloca en la puerta derecha.)

(¡Si fuera el postrer día

(A D. Fernando con emoción y echando una mirada sobre Elena.)

en que la ven mis ojos!...)

D. FERN. (¡Dios mediante,
los míos estarán sobre ella fijos!)

(A Daoiz con acento paternal y consolador.)

DAOIZ (¿Habrá dolor ni pena semejante?)

(A D. Fernando, lleno de angustia.)

D. FERN. (¡El dolor de una patria agonizante

(A Daoiz con solemnidad.)

que reclama la sangre de sus hijos!)

(Repuesto de la emoción y con tono vivo y resuelto.)

DAOIZ ¡Es verdad! ¡Vamos pues! ¡Venganza y guerra,
y adiós. (A Elena con emoción.)
Adiós, abuelo!. . (A Don Fernando con patriótico acento.)
¡Libre hay que ser en la española tierra!...

D. FERN. (Interrumpiendo á Daoiz y terminando el concepto con acento patriótico):

Tienes razón. ¡O mártir en el cielo!

(Andrés en este momento hace mutis por la derecha. D. Fernando y Daoiz se dan un estrechísimo abrazo y éste se marcha también por la derecha, tras de echar una postrera y angustiosa mirada sobre Elena, que se retira por la izquierda sollozando y en brazos de Don Fernando. —Pausa conveniente.)

ESCENA V

ANDRÉS

(Vuelve por la derecha visiblemente contrariado y dice como hablando consigo mismo y dando algunos pasos por el foro.)

ANDRÉS ¿Quedarme yo en esta casa
mientras el amo se bate?
¡Imposible! ¡Que me mate
primero una bala rasa!
¿Qué se dirá de Aragón,
cuando hay que matar franceses,
si algunos aragoneses
no acuden á la función?
Se dirá que Andrés Sopeña,
hijo y natural de Jarque,
no ha *fegurado* en el Parque
al repartirse la leña.
¿Y quién me lo impide? ¿Quién?
¡Uno que se insubordina
y falta á la *desciplina*!...
Pues me sublevo también.
Para tener libertad
y seguir de ella gozando,
hay que hacer de cuando en cuando
alguna barbaridad.

(Se dirige á la derecha en actitud de marcharse.)

ESCENA VI

ANDRÉS, ELENA y DON FERNANDO, que vuelven por la izquierda.

ELENA ¡Espera, Andrés, voy contigo!
D. FER. ¡Quieto todo el mundo! (Con autoridad y energía.)
ANDRÉS Pero... (Refunfuñando.)
ELENA ¡A ver si á su lado muero!
(A D. Fernando con vehemencia.)
Este será su castigo.
D. FER. ¡Por Dios y su nombre santo,
reflexiona!... ¿Estás demente?
(Con súplica angustiosa.)
ELENA Os cansais inútilmente.
(Luego dirigiéndose á Andrés.)
Aguarda. Voy por el manto.

(Se va precipitadamente por la segunda puerta izquierda y vuelve con el manto puesto cuando lo marca el diálogo. Pausa breve. Se oyen á lo lejos descargas de fusilería y cañonazos, que no cesarán hasta la terminación del cuadro.)

ESCENA VII

DICHOS y DON ANSELMO, que viene por la derecha armado de espada y pistolas y seguido de seis hombres también armados con escopetas.

ANDRÉS ¡Tiros de fusilería!
¡Hola! ¡Y cañonazos!...
D. FER. Sí.
(Se oye dentro y á la derecha la voz de Don Anselmo.)
D. ANS. ¡Aquí, muchachos, aquí!
¡Fernando!
(Sale seguido del grupo armado, que se colocará al foro.)
D. FER. ¡Virgen María! (Con asombro.)
¿Tú tambien?
D. ANS. ¿De honra quizás
(Con rabia y amargura.)

no es el motivo que tengo?
¡A darte un abrazo vengo (Transición.)
por si no te veo más!

(Don Anselmo y Don Fernando permanecen abrazados un momento. Elena viene por la izquierda con el manto puesto.)

ELENA ¡Aquí estoy!

D. ANS. ¿Qué significa?

(Por Elena con extrañeza.)

D. FER. ¡Que está loca de remate! (Con gran disgusto.)

ELENA ¡Vamos! (A Andrés.)

ANDRÉS Pero ¿si hay combate?

(Marcando las palabras)

ELENA ¡Silencio! No se replica. (Con autoridad y rapidez.)

Don Fernando que se encuentra sumamente agitado, después de una ligera pausa, exclama repentinamente con decisión y energía):

D. FER. Pues yo en casa tan desierta
quedarme á solas no quiero!
¡Andrés!... La espada, el sombrero
y echa la llave á la puerta.

(Va corriendo Andrés por la izquierda y vuelve con el sombrero y la espada, que se ciñe y pone Don Fernando precipitadamente.)

Ya estoy listo. ¡Decisión
y en marcha!

(A Don Anselmo que se va por la derecha seguido de Andrés y del grupo armado.)

El brazo, hija mía, (A Elena.)
y al Parque de artillería.
Volando á Monteleón!
¡Pues ni el sexo ni la edad (Ya del brazo de Elena.)
del sacrificio se eximen,
cuando encadenadas gimen
la patria y la libertad!

(Vanse también por la derecha.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón figurando un muro de ladrillo, bambalinas de vigas y puertas á derecha é izquierda. Suena á la izquierda un redoble de tambor

ESCENA VIII

Un GENERAL francés, un EDECAN de Murat, un OFICIAL y CUATRO SOLDADOS, también franceses.

(El General y el Oficial aparecen por la derecha y luego el edecán y los cuatro soldados por la izquierda.)

GENERAL ¡Entre asaltos y batallas
(Al oficial desde la entrada.)
tengo en mi hoja más de cien,
y no presencié en mi vida
lo que en Madrid presencié!

(Entra el edecán por la izquierda. Los soldados se quedan junto á la puerta.)

EDECÁN ¡Alto! ¡Firmes! (A los soldados.)
General, (Saludando militarmente.)
su alteza el Duque de Berg,
reclama los prisioneros
que se han hecho en el cnartel.

GENERAL ¡Ni uno solo! Han dado muestras
de tan rara intrepidez,
que el que no cayó en la lucha
se ha suicidado después.

EDECÁN ¿Y nuestras bajas?

GENERAL ¡Enormes!
Pasarán de mil. Nos fué
menos dura la conquista
de algunos reinos.

EDECÁN ¡Tal vez!

GENERAL Nuestros heridos y muertos
he mandado recoger,
y voy á dar á la tropa
algún descanso.

EDECÁN También
me tiene dicho su alteza
que os da el encargo de hacer
algunos fusilamientos
en la Moncloa.

GENERAL Está bien. (Con algún disgusto.)
¿Qué fuerza?

EDECÁN Dos batallones.

GENERAL ¿A qué hora?

EDECÁN Al amanecer.

(Suenan dos cañonazos lejanos.)

GENERAL ¿Truena el cañón todavía?

EDECÁN Batiendo se halla Dupré
la plaza de Antón Martín
y el barrio de Lavapiés.
¡A la orden mi General!

(Saludando militarmente y marchándose por la izquierda seguido de los soldados.)

GENERAL Buenas tardes, Coronel.

(Suena dentro y á la derecha la voz de un centinela.)

CENT. ¡Quién vive!

D. FÉRN. ¡España! (Dentro también.)

CENT. ¡Qué gente!

D. FERN. ¡Paisanos!

CENT. ¡Atrás!

GENERAL Corred, (Al Oficial.)
no sea algún emisario
de la Junta.

(Se va el Oficial rápidamente por la derecha.)

A mi entender,

(Como hablando consigo mismo y muy disgustado.)

la yerra el Emperador
de medio á medio esta vez.
¡Los síntomas son fatales!...
Madrid con su proceder
presagia seguramente
una guerra sin cuartel.
¡Hay que luchar con España!
¡Es necesario vencer

un pueblo que siempre ha sido
proverbial por su altivez,
ciego por su independencia
y enemigo del francés!

OFICIAL ¿Mi general? (Volviendo y desde la puerta.)

GENERAL ¿Qué sucede?

OFICIAL Que un hombre y una mujer,
él anciano y ella joven,
suplican con interés
el permiso de vuecencia
para registrar y ver
si entre los muertos del Parque
se encuentra... yo no sé quién.

GENERAL Que pasen. ¡Así sabremos
si son parientes de aquel
capitán de los demonios
que ha dado tanto que hacer!

(Se va de nuevo el Oficial y vuelve acompañado de Don Fernando y de Elena. Esta llega apoyada en el brazo de su abuelo.)

ESCENA IX

DICHOS, DON FERNANDO y ELENA

OFICIAL ¡Adelante! (Desde la entrada á Don Fernando.)

D. FERN. Dios os guarde

(Entrando con Elena y saludando con el sombrero en la mano.)

y os recompense el favor.

GENERAL ¡Basta! ¡El nombre del traidor! (Con dureza.)

D. FERN. ¿Traidor? (Con asombro.)

GENERAL ¿Daoiz ó Velarde?

ELENA ¡Daoiz! (Con resolución.)

GENERAL ¡Como lo pensé!

(Marcando las palabras y con sonrisa maligna.)

D. FERN. ¿Vive?... (Con ansiedad.)

ELENA ¡Señor, por el cielo,
de mi angustia y desconsuelo
tened piedad! (Llena de angustia.)

GENERAL ¡La tendré!... (Marcando también.)
¡Aunque en vosotros debiera
ejercitar mi venganza!... (Transición.)
¡Fué rebelde á la Ordenanza,
insultó nuestra bandera!...
(Con creciente entonación y acentuando el enojo.)
¡De la turba popular
el jefe constante ha sido!...
¡En el Parque ha combatido
con fiereza singular!...
¡Y mil franceses deshechos
y vilmente ametrallados, machine-gunned
que á ser van hoy sepultados
ó que gimen en sus lechos,
atestiguan la maldad
de esa hiena asoladora destructive
á quien buscais en mal hora!...

ELENA ¡Pero vive!... ¿No es verdad?...
(Interrumpiendo y con la mayor ansiedad.)

GENERAL ¿Queréis convenceros?... (Con sonrisa maligna)

D. FERN. ¡Sí! (Con resolución.)

GENERAL ¡Pues seguidme! (Dirigiendo á la derecha.)

D. FERN. ¿Cómo? (Con asombro y confusión.)

ELENA ¿Qué? (Idem.)

GENERAL ¡Yo á su lado os guiaré! (Marcando las palabras.)

ELENA ¿Dónde está? (Con ansia y temor al mismo tiempo.)

GENERAL ¡Cerca de aquí!
(También sonriendo cruelmente.)

(Se va el General por la derecha y D. Fernando y Elena lo siguen, manifestando la mayor ansiedad.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

A derecha é izquierda edificios de la época. Al fondo la fachada y puerta principal del parqne de Monteleón después del combate de 1808. Delante de la puerta una barricada casi deshecha; tras ella á derecha é izquierda algunos soldados de artillería muertos, y en el centro y destacándose bien, un cañón sobre su cureña apuntado á la izquiérda del espectador. El capitán Daoiz aparece inmóvil, caido de espalda contra la cureña, apoyada la cabeza sobre el brazo derecho y teniendo asida con el izquierdo la bandera española. Del arco de la fachada y puesta en su mástil, pende la bandera tricolor y dos centinelas franceses custodian la entrada del Parque.

ESCENA ÚLTIMA

ELENA, D. FERNANDO, el GENERAL, que viene por la derecha, y luego ANDRES.

GENERAL ¡Ahí lo tenéis! ¡Todavía
abrazado á ese cañón!... (Señalando á Daoiz)

ELENA ¡Ah, Luis de mi corazón!
(Corriendo desolada hacia la barricada.)

D. FERN. ¡Muerto! (Con profundo dolor.)

GENERAL Sí. (Con sonrisa infernal.)

ELENA ¡Virgen María!
(Cayendo de rodillas y apoyando la cabeza sobre el pecho de Daoiz.)

GENERAL ¡De igual manera han de ser
abatidos los traidores! (A Don Fernando.)

D. FERN. ¡Murió matando opresores!...
(Con resolución y creciente energía.)
Ha cumplido su deber.
Quien de Francia las cadenas
piense cobarde aguantar...
¡ese! no puede llevar
sangre española en sus venas.
¡Vuestro engaño torpe y ruín
(Al General con desdén.)
descubierto al cabo ha sido...
y sonó el primer rugido

del león de San Quintín!
¿Qué más honroso laurel
que el morir en tal jornada?
¡A ese cañón abrazada (Señalando á Daoiz.)
está su patria con él!

GENERAL ¡A ver, soldados, llegad
y prended á este insensato!

(A los dos centinelas que custodian la entrada del Parque, y que acuden á la voz del general y sujetan por los brazos á Don Fernando.)

D. FERN. ¡Muy bien! Segundo mandato:
¡que me fusilen! (Con tono irónico de conformidad.)

GENERAL ¡Verdad!

(Con energía y rabia reconcentrada.)

D. FERN. Gracias. Estoy satisfecho.

(Lleno de desdén y sarcasmo.)

GENERAL ¡Pero á escape! (A los soldados.)

D. FERN. ¡Con presteza!
¡Que alta llevo la cabeza
y firme y seguro el pecho!

GENERAL ¡De nada sirve tal saña
cuando es hora de morir!

D. FERN. ¡Servirá... para escupir

(Con fuerza y resistiendo á los soldados que pugnan por arrastrarlo.)

á los verdugos de España!

GENERAL ¡Llevadle con Belcebú!

D. FERN. ¡Miserables!

(Forcejeando con los soldados, que lo arrastran y se lo llevan por la derecha. Aparece Andrés por la izquierda y exclama con la mayor desesperación al ver que se llevan á Don Fernando):

ANDRÉS (¡Voto á tal!)
(¡Aquí entro yo!) (Pausa conveniente.)
¿General?

GENERAL ¿Quién llama? ¿Quién eres tú?

(Volviéndose sorprendido.)

ANDRÉS ¿Yo? Cualquiera. El padre eterno
disfrazado de asistente...
¡que acude oportunamente

para enviarte al infierno!

(Le da con el cuchillo y lo arroja de espaldas sobre el escenario.)

GENERAL ¡Traición! (Grito de angustia al caer desplomado.)

ANDRÉS ¡Muere! (Arrojándole con fuerza y rabia.)
¡En sangre tinto
viéndote estoy y no me harto!

(Contemplando el puñal.)

¡Este es el número cuarto! (Señalando al general.)
¡Vamos á buscar el quinto!

(Vase rápidamente por la derecha.)

Telon

FIN DEL EPISODIO

